

rigian. El redoble del tambor sonó á poco; y los alegres voluntarios se despidieron de las personas queridas que habian ido á verles, se formaron, y pasados algunos momentos marcharon hácia Churubusco. Al siguiente dia los batallones Hidalgo y Victoria se situaban en San Antonio, á donde habian recibido orden de avanzar, segun disposicion de Santa-Anna.

La direccion de los norte-americanos hácia otro rumbo, sin que atacasen el Peñon, causó profunda pena á los que lo habian estado guarneciendo, no menos que al general Santa-Anna, pues todos se hallaban en la persuasion de que allí habrian sido derrotados los invasores.

Las tropas invasoras se dirigieron á Chalco para ir despues á Tlalpam, corta poblacion, distante cuatro leguas de la capital; y en Ayotla quedó una fuerza norte-americana á las órdenes del general Twiggs, que despues marchó á unirse con el grueso del ejército. Al tener Valencia noticia del movimiento hecho por el general Scott, cambió tambien de posicion, y en tanto que él se dirigia de Texcoco con la infantería á sus primeras posiciones en la villa de Guadalupe, hizo que toda la caballería, á las órdenes de Torrejon, avanzase hasta Ayotla para llamar la atencion del enemigo y poder pasar así la artillería. El dia 17, á las cinco de la mañana, no teniendo objeto su permanencia en Guadalupe, se dirigió á Méjico, y sin detenerse un solo instante, cruzó con sus tropas la capital, y marchó á San Angel, poblacion que dista tres leguas de Méjico. Como el valle de Méjico fué el teatro en que se verificaron las batallas que decidieron de la suerte

1847. de la capital, voy á ocuparme en presentar-

las una por una, dando principio por la conocida con el nombre de Batalla de Padierna, con que se abrió aquella série de acciones que tanta sangre y víctimas costaron. A fin de que el lector conozca el pintoresco sitio y las posiciones ocupadas por las tropas del general Valencia, voy á valerme de la exacta descripcion que se encuentra en los *Apuntes para la historia de la guerra entre Méjico y los Estados-Unidos*. «Por el rumbo S. O. del fértil pueblo de San Angel, distante de Méjico cosa de tres leguas, hay un camino carretero, ámplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapan, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal-País: á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el Molino del Olivar, de los carmelitas; y mas al Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve, por entre un bosquecillo, blanquear la torre del pueblecillo de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino que guia, por entre malezas y veredas incómodas, á la carrera de Cuernavaca. A poco menos de una legua de San Angel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni extenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo este, se desvia al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelon Cuauhtitla, y forma un punto entre el camino que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que, abatiéndose al pié de las lomas, hundiéndose

en el pedregal, tuerce su giro al rumbo E., y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que, esparcida en trozos desiguales, hace penoso el tránsito. El Sur de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descolando al principio de ellos el de Zacapetec; y al Norte se extiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvaje, mas grietas que veredas, por donde mas que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre este pedregal, despues de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pié de las lomas de Pelon Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna, con casuchas de tierra sin cocer y techos de ligeras y delgadas tablas. A los alrededores de este cuadro, hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de industria y del trabajo, embellecidas por una vegetacion risueña y un cielo espléndido y magnífico.»

En cuanto el general Valencia llegó á San Angel, se ocupó en reconocer personalmente el sitio que descrito queda, tomando el rumbo de la Peña Pobre, que era el sitio por donde se esperaba á los invasores. Pareciéndole ventajosa aquella posicion, ordenó que se situasen algunas baterías de artillería, y el centro de su campo, en las lomas de Pelon Cuauhtitla, dejando encargados del reconocimiento facultativo del punto, á los oficiales de plana mayor Cadena y Segura, en compañía del general D. José María Gonzalez de Mendoza, individuo de vastos conocimientos y de valor.

1847. Mientras los referidos oficiales hacian el reconocimiento y las tropas se alojaban convenientemente, los entusiastas vecinos de San Angel se manifestaban deseosos de combatir contra los invasores. Uno de sus habitantes, D. Agustin Reina, seguido de otros muchos, se presentó lleno de entusiasmo, al general Valencia, pidiéndole armas para defender algunas veredas del pedregal, de cuyo terreno eran conocedores. La solicitud fué obsequiada, y en el mismo momento se improvisó una guerrilla de que se nombró jefe al mismo D. Agustin Reina. El general Valencia juzgaba su posicion altamente estratégica. Estaba persuadido de que si los invasores atacaban á San Antonio, él podia moverse por la retaguardia del enemigo, y que, acudiendo á la vez el general Perez con su brigada que se encontraba situada en Chimalistaca y Coyoacan, la derrota de los norte-americanos era segura. Esto en la suposicion de que las tropas de los Estados-Unidos atacasen San Antonio; pero sí, como esperaba, él era el atacado, Santa-Anna, que se hallaba con una fuerza considerable, les batiria por Tlalpam, cubriendo su retaguardia el general Perez, que guardaba una posicion excelente. Acariciando estas seductoras ideas, mandó en la mañana del 18 á los zapadores, bajo la direccion del entendido general Blanco, que construyesen varias baterías en la loma de Pelon Cuauhtitla, aunque solamente se logró levantar una donde se colocaron cinco cañones. Lleno de satisfaccion el general Valencia por las ventajas que juzgaba que tenia el sitio elegido, dió parte de los planes que habia concebido, de la ventajosa posicion de su campo, de sus esperanzas en batir al enemigo y de la

fé que tenia en el triunfo de Méjico sobre los invasores. Todos los que le rodeaban participaban de su conviccion y de su entusiasmo, y esperaban con impaciencia el momento de que se presentasen las tropas norte-americanas. Elegida la posicion y hechos los trabajos necesarios, dispuso que el general D. Francisco Mejía se situase con su brigada en las baterías, disposicion que fué cumplida inmediatamente. Cuando mas satisfecho se hallaba el general Valencia de la posicion militar que habia elegido, recibió una orden del general en jefe D. Antonio Lopez de Santa-Anna, en que, despues de desaprobare sus disposiciones, le mandaba que se retirase á Coyoacan y Churubusco. Valencia, no pudiendo disimular el disgusto que experimentaba de verse contrariado en sus proyectos, se atrevió á hacer algunas observaciones, sin dar paso á ejecutar la orden recibida, aunque manifestando que obedeceria si se insistia en ello. Esta resistencia de Valencia á obedecer prontamente las órdenes del general en jefe, disgustó profundamente á Santa-Anna, y mediaron algunas comunicaciones durante la noche del 17 que, aunque respetuosas de parte de Valencia, manifestándose dispuestos á obedecer si se insistia, revelaban que los subalternos se creian con no menos conocimientos que el general en jefe, lo cual no podia producir sino funestos resultados. El general Santa-Anna le contestó, que permaneciese, por entonces, en la posicion que tenia; pero previniéndole que, en el caso de que los invasores avansasen, se retirase á Tacubaya. El dia 18, sospechando el general Santa-Anna que los norte-americanos intentaban atacar la fortificacion levantada en el punto de San Antonio,

mandó á Valencia que en la madrugada del 19 marchase con su division á Coyoacan, adelantando la artillería á Churubusco. Valencia, no obstante haber manifestado en la nota anterior, que el punto, en efecto, no era defendible, incurrió en la contradiccion de rehusarse á abandonarlo, cometiendo así un acto de insubordinacion lamentable. El general Santa-Anna, ya sea porque temiese una desobediencia abierta que pudiera provocar un conflicto, ya porque realmente le pareciesen atendibles las observaciones del general Valencia, no insistió en mandarle que se retirase, sino que se concretó á hacerle palpable la inconsecuencia que existia entre la primera nota y la última, concluyendo por concederle que permaneciese en la posicion.

1847. El general Valencia, contento porque se le permitia defender el punto que habia elegido, dispuso su gente para recibir á los invasores que debian atacarle; y el dia 19, muy de mañana, salió de San Angel con el resto de su columna, para situarla convenientemente. En el momento de emprender la marcha, envió al coronel Barreiro á Zacatepec con el objeto de que observase los movimientos de los norte-americanos y le diese oportuno aviso de ellos. El orden con que el general Valencia situó sus fuerzas al comenzar la batalla, fué el siguiente. En el rancho de Padierna se hallaba el 1.º de línea, mandado por el general D. Nicolás Mendoza; enfrente de la loma de Pelon Cuauhtitla, con una avanzada del 7.º de caballería, y otra de infantería mandada por el capitan Solis. El cuerpo de San Luis estaba á la izquierda, y los cuerpos activos y auxiliares de Querétaro, Celaya y Gua-

najuato que mandaba el coronel Cabrera, á la derecha. El estado mayor de Valencia, así como el general Mejía, se hallaban en el sitio en que se establecieron las baterías. En la segunda línea se encontraban el Fijo de Méjico, los batallones de línea 10 y 12, y el de Guarda-Costa de Tampico. En Anzaldo se situó la reserva mandada por el general Salas, en que se encontraban los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa-Anna y Aguascalientes, una fuerza regular de caballería, y los regimientos 7.º y de San Luis que se habian colocado apoyando la derecha. Serian las once y media de la mañana del 19 cuando se presentó á Valencia el coronel Barreiro, dándole aviso de que los norte-americanos ascendían al cerro de Zacatepec. Los invasores, al salir de la Peña Pobre, se dividieron en dos columnas, una de las cuales subió al cerro de Zacatepec, descendió luego á la falda del mismo, describiendo su marcha una curva, se reunió á la otra columna, y avanzando juntas de frente, amenazaron á las fuerzas mejicanas del rancho de Padierna, colocando sus cañones de montaña á la falda del Norte del cerro. El toque de corneta del ejército mejicano, anunció entonces *enemigo á la derecha*, y se disparó el primer cañonazo sobre la seccion de Zacatepec. El general Valencia ordenó que la reserva que estaba situada en Anzaldo, dejase aquel punto y se situase cerca de las baterías. También la caballería, mandada por el general Torrejon, avanzó colocándose entre la loma y Anzaldo. Eran las dos y media de la tarde cuando se empeñó el combate. Era el primero que se daba en el valle de Méjico, casi á las puertas de la ciudad, en la lucha de ambas repúblicas. Las anchas azoteas de los edifi-

cios de Méjico y las elevadas torres de las iglesias se veian llenas de gente presenciando aquella accion que era el preludio de otras muy sangrientas que le sucederian bien pronto. Los norte-americanos dirigieron su ataque sobre Padierna: el general D. Nicolás Mendoza que mandaba este punto, sostuvo su posicion brillantemente; pero siéndole al fin imposible resistir el empuje de sus adversarios, se retiró en buen orden, quedando una parte de los invasores dueño de aquel punto, mientras otra que se emboscó por el pedregal amagaba el flanco izquierdo. Al retirarse el general Mendoza, salia herido el general mejicano Parrodi que estaba inmediato á las baterías. En aquellos momentos se generalizó la accion, y el estruendo del cañon se escuchaba sin cesar por una y otra parte.

1847. La fuerza invasora que se habia ocultado en el pedregal, se presentó de repente por enfrente á Anzaldo que el general Valencia, desconociendo toda la importancia de aquel punto, lo habia mandado abandonar, como hemos visto, al principio del combate, y avanzó en direccion á San Gerónimo. Al notar el general Valencia aquel movimiento, dispuso que saliese á contener al enemigo el regimiento de caballería de Guanajuato que, aunque obedeció, no siendo suficiente su número, quedó, despues de un ligero tiroteo, cortado, y los norte-americanos lograron llegar á una arboleda que rodea San Gerónimo. En aquella arboleda organizaron su fuerza, y dispusieron atacar el punto que ocupaba el mismo general Valencia. Este, al conocer el intento de los invasores, mandó al general Torrejon que cargase con toda la caballería; y mientras se ejecutaba aquella orden, dispuso que

se situase á la retaguardia del campo una batería. Torrejon dispuso en el acto sus escuadrones y se dirigió hácia el enemigo; el general Frontera, á la cabeza del núm. 2 que mandaba, acometió con ímpetu; los norte-americanos recibieron á la caballería con un fuego nutrido, y Frontera cayó sin vida, sin lograr el resultado propuesto. Frustrada la tentativa, los escuadrones quedaron formados en batalla á la derecha del bosque, reforzados por el batallón de Aguascalientes. En los instantes en que el general Frontera regaba con su sangre el campo de batalla, se presentó la brigada del general Perez sobre las lomas de Toro que dominan el camino. Desde el principio de la accion, Valencia no habia cesado de enviar avisos á los generales Santa-Anna y Perez para que le auxillasen; y al verse socorrido en los momentos mas críticos, no dudó en el éxito de la victoria. El cuadro cambió con la presencia de la brigada del general Perez. La situacion de las tropas mejicanas que poco antes era desesperada, se volvió favorable en aquel instante: antes los mejicanos se veian cortados; al aparecer la division del general Perez á quien acompañaba Santa-Anna, los norte-americanos eran los cortados. Aunque el camino recto estaba cortado por una fuerza de los Estados-Unidos cuyos soldados pasaban con dificultad del Mal-Pais á San Gerónimo, era tan corta aquella fuerza, que cualquier esfuerzo de las tropas mandadas por el general Perez sobra para restablecer la comunicacion entre los dos ejércitos mejicanos. El general norte-americano Scott comprendió lo difícil de su posicion, y por lo mismo siguió su avance con extraordinarios esfuerzos. Cuando todos esperaban que la division del general Perez

se lanzase al combate, se la vió permanecer quieta, en el punto en que se habia presentado, como fria espectadora de los sucesos. Esto hizo creer á muchos que el intento de Santa-Anna era encerrar á los invasores entre sus tropas y la division de Valencia; pero sin embargo, esto no le salvaba del cargo de no haberse aprovechado de la coyuntura que entonces se le presentó para alcanzar una victoria. Ente tanto las fuerzas del general Valencia combatian con denuedo, y al oscurecer volvieron á recobrar, despues de una lucha reñida, el punto de Padierna. Poco despues de haberse ocultado el sol, se escucharon algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los Carmelitas. Valencia y sus soldados juzgaron que aquello era la señal de que Santa-Anna se hallaba dispuesto á auxiliarles; pero como, segun el plan de campaña formado por el general en jefe, Valencia debia ocupar otra posicion sin esperar allí otro nuevo ataque, se retiró á San Angel desde el momento que terminó el combate, para dar descanso á la tropa y dar las disposiciones necesarias para la defensa de la línea que los invasores atacarian, sin duda, al siguiente dia.

1847. Entre tanto el general D. Gabriel Valencia, satisfecho de haber obligado á retirarse á los invasores y contento mas que nunca de haberse situado en aquel punto donde esperaba alcanzar al siguiente dia un completo triunfo, se entregó al regocijo y á dar grados militares á todos los oficiales que se habian distinguido en la accion de aquella tarde. La espesa lluvia que desde poco antes de la oracion habia empezado á caer, tenia helados de frio á los soldados que se hallaban desprovistos de tien-

das de campaña; pero todo lo soportaban contentos, participando de las risueñas esperanzas de su general. Este se habia colocado, para guarecerse del agua que seguia cayendo, en una barraca que se habia levantado en el sitio de las baterías.

A las nueve de la noche, cuando mas entregado estaba á la halagadora idea de creerse favorecido por la division de Santa-Anna, llegaron al campamento dos oficiales enviados por el último, diciéndole que el general Santa-Anna deseaba que se pusiesen de acuerdo. Valencia preguntó á los dos oficiales Ramiro y del Rio, dónde se encontraba el general en jefe, y al saber que se habia retirado con la division á San Angel, se enfureció terriblemente, se desató en injurias contra Santa-Anna, y concluyó diciendo á los enviados, que hiciesen saber al general en jefe que nada queria de él, sino que le enviase la tropa y la artillería que tenia. Esta oposicion de Valencia á las disposiciones del general en jefe y sus palabras ofensivas hácia éste, no podian producir sino efectos muy lamentables para las operaciones de la campaña. Los oficiales enviados por Santa-Anna se alejaron á dar cuenta á éste de lo que habia pasado, y las tropas de Valencia, al saber que no tenian cerca de ellas á las que se habian presentado en su auxilio en el combate verificado en la tarde, sintieron un profundo desaliento que hacia presagiar una derrota.

La noche la pasó la division á la intemperie y sin haber tomado casi alimento desde las doce del dia anterior. A las dos de la mañana se presentó D. Luis Arrieta, ayudante del general Valencia, á comunicar á éste, de parte

de Santa-Anna, la órden de que se retirase clavando los cañones, inutilizando las municiones que no pudiese llevar, y salvando lo que le fuese dable. Valencia, en su desesperacion, se negó á obedecer esta órden, creyendo que era un vilipendio para su nombre y para la division que mandaba. En esto no obró bien. Aun cuando le pareciese que la defensa debiera hacerse en aquel punto, debió obedecer la órden del general en jefe y presidente de la república á la vez; y por lo que hace relacion al vilipendio suyo y de su division, sabido es que éste no cae sobre el subalterno que cumple con lo que se le manda, sino sobre el general en jefe.

El general Valencia montó á caballo á las cuatro de la mañana, recorrió los puntos de sus posiciones, reunió en seguida á algunos jefes para escuchar la opinion que tenian con respecto á esperar ó no el combate, y el resultado fué que todos se manifestasen dispuestos á acatar lo que él resolviese. Si aquella junta se hubiera verificado á las dos de la mañana cuando se presentó el ayudante de Santa-Anna con la órden, como debió verificarse, y el general Valencia les hubiese hecho saber lo dispuesto por el general en jefe, sin duda que todos hubieran manifestado que la ordenanza les obligaba á obedecer, por sensible que les fuera abandonar sus posiciones; pero habiendo transcurrido dos horas, en las cuales los invasores se habian colocado en los sitios que cortaban todos los caminos de retirada, se colocaron en los puntos encomendados á su defensa, resignándose con la suerte que les estuviese reservada.

A la primera luz del dia 20, la vista de todos los que